

Carlos Taibo

El padre del actual presidente estadounidense formuló en septiembre de 1990 lo que parecía una propuesta relativa a la gestación de un nuevo orden internacional. La retórica incorporada a esa propuesta sugería que Estados Unidos, de forma magnánima, se hallaba decidido a propiciar un orden multilateral en el que Naciones Unidas debía desempeñar un papel decisivo. El uso de la fuerza, por otra parte, había de restringirse sensiblemente, de tal suerte que las diferencias se limasen de la mano de la negociación.

Era difícil casar una fórmula aparentemente tan generosa con la condición que, de manera evidente, correspondía a Estados Unidos en aquellos momentos: la de una potencia hegemónica que a duras penas encontraba alguna contestación de relieve. Aun con ello, y acaso en virtud de la necesidad de adaptarse a un escenario internacional marcado por la desintegración de la URSS y de su bloque, bien puede sostenerse que el decenio de 1990 lo fue de escarceos en lo que a la política exterior norteamericana se refiere. Aunque ninguno de los saludabilísimos principios que Bush padre había abrazado en 1990 parecía cobrar cuerpo en la realidad, lo cierto es que Washington mostraba actitudes que, al menos en comparación con las que adquirieron carta de naturaleza después del 11 de septiembre de 2001, se antojaban moderadamente ambiguas.

Por detrás se apreciaban las disputas que enfrentaban en Washington a corrientes de opinión claramente propiciadoras de estrategias de intervención en el exterior y a otras más inclinadas a preservar viejas ínfulas de cariz aislacionista. Esas corrientes --unas y otras-- se revelaban, por lo demás, tanto en el seno del Partido Demócrata como en el del Republicano, en un magma marcado, eso sí, por una apuesta en la que despuntaban como poco dos grandes elementos: si, por un lado, Estados Unidos se convertía a marchas forzadas en la punta de lanza de la globalización capitalista, por el otro sus gobernantes --Clinton, en particular-- postulaban una suerte de falso multilateralismo. Este último encontró fidedigno reflejo en una decisión que, asumida por la OTAN en abril de 1999 al calor de la crisis kosovar, señalaba que en adelante las acciones militares de la Alianza Atlántica no tendrían por qué vincularse con una específica resolución autorizadora del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. El mensaje no dejaba espacio para la duda: la OTAN, y a través de ella EE.UU., se reservaba el derecho a intervenir a capricho o, en el mejor de los casos, asumía que debía recabar, sin más, el consenso de sus socios, en lo que, pese a las apariencias, era una forma visiblemente unilateral de encarar los problemas. Para cerrar el círculo, las fórmulas de intervención que se perfilaban se veían respaldadas por un argumento propagandístico que las vinculaba con presuntas --y a menudo más que discutibles-- exigencias humanitarias. En la trastienda de esas fórmulas se vislumbraba con frecuencia, en fin, el objetivo estadounidense de trabar eventuales procesos de consolidación de potencias competidoras. Se apreciaba también el vigor de políticas --ahí estaba, sin ir más lejos, el inmoral embargo que castigaba al grueso de la población iraquí-- de condición manifiestamente

inmoral.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 permitieron cancelar, del lado estadounidense, muchos de los elementos de ambigüedad que, mal que bien, habían marcado el decenio anterior. Ofrecieron una formidable añagaza a un discurso en el que las pulsiones intervencionistas ganaban terreno con claridad, y lo hacían además en provecho de políticas visiblemente marcadas por intereses estratégicos y económicos. Éstos quedaron gráficamente reflejados en una nueva doctrina de seguridad que, aprobada un año después, entronizaba la perspectiva de ataques preventivos al tiempo que subordinaba éstos a la satisfacción simultánea de dos objetivos: la ratificación de la hegemonía propia y la expansión, hasta alcanzar el último rincón del globo, del modelo norteamericano de capitalismo. Al calor de un nuevo escenario, determinado por la aparente necesidad de dar réplica a lo que se daba en llamar *terrorismo internacional* y asentado en una impresentable máxima --"quien no está con nosotros está con ellos"--, Washington se aprestaba a dar una nueva vuelta de tuerca a sus fórmulas de dominación. El beneficiario era un grupo humano, el que encabezaba simbólicamente Bush hijo, en el que se daban cita la derecha más ultramontana, el fundamentalismo religioso y los intereses económicos privados.

Las secuelas de los atentados del 11 de septiembre pronto pudieron apreciarse en los ámbitos más dispares. Uno de ellos lo aportó el despliegue de políticas en las que el unilateralismo acarrearba una eventual confrontación con criterios defendidos por muchos de los aliados de EE.UU. Así lo ilustraba la triple decisión de Washington en el sentido de denunciar el viejo tratado ABM, no suscribir el protocolo de Kioto y mantener a Estados Unidos al margen de la incipiente legislación penal internacional. Un segundo hito asumió, en octubre de 2001, la forma de una agresión en toda regla en Afganistán, asestada con el teórico propósito de arrinconar a Al Qaida, la red encabezada por Osama Bin Laden. Amparado en aliados locales bien poco edificantes, Washington se autoatribuyó un derecho de intervención no sometido a restricción alguna ni en el tiempo, ni en el espacio ni en cuanto a los métodos. Tras el declarado propósito de hacer frente a la red de Bin Laden despuntaban objetivos mucho más prosaicos, como los relativos al control de un país estratégicamente muy interesante y a la posibilidad de abrir nuevos conductos de transporte para las materias primas energéticas extraídas en el Asia central. Las víctimas civiles del ataque norteamericano en Afganistán han sido bastante más numerosas, por cierto, que las de los atentados de Nueva York y Washington.

Al margen de las dos circunstancias mencionadas, los atentados del 11 de septiembre de 2001 permitieron que cobrasen cuerpo varios procesos de relieve planetario. Uno de ellos afectó al despliegue de fórmulas impresentables de resolución de conflictos de largo aliento. En lugares tan dispares como Chechenia, Palestina, Colombia o el Sáhara occidental pudo comprobarse cómo gobiernos caracterizados por pésimos registros en materia de derechos humanos reconfiguraban las reglas del juego propias de conflictos de larga tradición y se beneficiaban de un dramático y legitimador silencio internacional. Otro proceso importante abocó en una general

apuesta por restricciones, a menudo significativas, en derechos y libertades. Al respecto no está de más subrayar que las medidas correspondientes en modo alguno eran privativas de EE.UU. --recuérdese esa inquietante aberración legal llamada Guantánamo--: alcanzaban también, y con intensidad, a los Estados miembros de la UE. Agreguemos, en fin, como un tercer botón de muestra que remitía a un fenómeno preocupante, el crecimiento, de nuevo general, experimentado por los gastos militar-represivos. Bastará con recordar que Bush hijo sacó adelante en enero de 2002 un incremento de nada menos que un 14% en el presupuesto en defensa norteamericano, en una operación que traía a la memoria la pulsión militarista que había postulado uno de sus antecesores en la presidencia de EE.UU., Ronald Reagan, en el decenio de 1980.

Es obligado señalar que buena parte de las políticas que acaban de ocuparnos estaban llamadas a concretarse en una zona del planeta singularmente sensible: el Oriente Próximo. Iraq ha sido hasta el momento el hito fundamental de semejante concreción. Sabido es que los dos argumentos esgrimidos por las autoridades estadounidenses para justificar una agresión en toda regla --de nuevo con una cifra muy alta de víctimas civiles-- contra ese país apuntaban a la presunta relación del gobierno iraquí con el *terrorismo internacional* y a la eventual existencia, en su territorio, de armas de destrucción masiva. Si al respecto de la primera cuestión no se aportaron en momento alguno pruebas solventes, el derrotero de los hechos a partir de noviembre de 2002 --el retorno de los inspectores de Naciones Unidas; la ausencia de empleo, por el ejército iraquí, de tales armas-- desmintió, también, las tesis oficiales norteamericanas en lo que atañe a la segunda. La liviandad de las acusaciones obliga a procurar otras explicaciones de una agresividad, la estadounidense, que adquirió carta de naturaleza en marzo de 2003 en la forma de un ataque articulado al margen del sistema de Naciones Unidas. Si unas tienen un cariz más o menos coyuntural, otras responden a objetivos estratégicos. Mencionemos entre las primeras el designio, que a buen seguro ha acosado al actual presidente estadounidense, de zanzar la operación que su padre dejó a mitad de camino en 1991, el propósito de darle alas a una campaña contra el *terrorismo internacional* que no estaba produciendo los resultados apetecidos --y de hacerlo de la mano de la confrontación con un ejército compacto en el que no se revelasen los elementos evanescentes que habían caracterizado la conducta de Al Qaida--, la intención de acallar escándalos financieros como el que rodea desde tiempo atrás al vicepresidente norteamericano Cheney o, en fin, el objetivo de obtener rendimientos electorales como los alcanzados por el Partido Republicano en noviembre de 2002.

Pero junto a metas de cariz menor como las anteriores, parece obligado identificar otras de mayor enjundia. Recordemos al respecto tres circunstancias de relieve. En primer lugar, EE.UU. desea, con toda evidencia, reconfigurar el panorama estratégico del Oriente Próximo, apuntalando la posición de Israel y convirtiendo la región en una atalaya desde la que controlar, sin restricciones y con bases militares consolidadas, los movimientos de eventuales potencias alternativas. En segundo término, parece fuera de discusión que Iraq proporciona un objetivo económico muy interesante, habida

cuenta de los inmensos yacimientos de petróleo que atesora y de los bajísimos costes de extracción. Agreguemos, en fin, como una tercera explicación --ésta acaso más discutible-- que Washington parece decidido a defender el dólar frente a la incipiente amenaza que llega de una moneda competidora: el euro. Este último, cada vez más cotizado, empieza a tomar posiciones en el terreno de las transacciones relativas a las materias primas energéticas y puede poner en un brete un sistema monetario mundial hasta hoy controlado desde Estados Unidos.

Conviene realizar, con todo, dos precisiones más en relación con lo que Estados Unidos ha intentado conseguir de la mano de su agresión contra el Iraq de Saddam Hussein. La primera recuerda que dos grandes proyectos se solapan geográficamente en el Oriente Próximo: si esta región, entendida en sentido amplio, acoge por un lado las mayores reservas planetarias de petróleo y gas natural, por el otro ocupa una posición ideal desde la que controlar los movimientos de instancias tan relevantes como la Unión Europea, Rusia, China, la India, Pakistán y los propios productores de petróleo presentes en la zona. La segunda precisión subraya que, aunque es dudoso que EE.UU. vaya a obtener pingües beneficios de la mano de su intervención militar en Iraq --a los costes de ésta se van a sumar los de la reconstrucción posbélica, por liviana que ésta sea, y los del adecentamiento de una industria del petróleo que ha sido víctima, también, de un draconiano embargo, sin que en contrapartida los beneficios derivados de la explotación futura del citado petróleo vayan probablemente a compensar la operación--, parece fuera de duda que significadas empresas privadas --en el ámbito de la industria militar, de la construcción y, claro, de la energía-- van a salir bien paradas merced a las concesiones que es de esperar realice un gobierno títere en Bagdad. Nos hallaríamos, en otras palabras, ante una espectacular reaparición de una vieja máxima: mientras los beneficios se privatizan, las pérdidas se socializan.

Las cosas como están, no hay ningún motivo para concluir, con todo, que Iraq es el último eslabón de una cadena de intervenciones militares. El retrato robot de los candidatos a convertirse en objetivos próximos de la ira estadounidense incorpora un puñado de rasgos entre los que se cuentan --además de la consabida retahíla relativa al *terrorismo internacional* y a las armas de destrucción masiva-- la disposición de materias primas energéticas, la posición geoestratégica y, cómo no, la existencia de relaciones tensas con Estados Unidos o con aliados significados de este último. A tono con semejante retrato, algunos de los nombres de países que conviene adelantar, sin descartar sorpresas, para nutrir la lista de candidatos son los de Irán, Siria, Corea del Norte o Cuba. El despliegue de las operaciones correspondientes algo dependerá, aun así, del balance --halagüeño o no-- que Washington haga de su operación en Iraq, y al respecto a buen seguro no serán elementos de juicio menores los que afectan a lo ocurrido en Naciones Unidas, a las disensiones con Francia, Alemania, Rusia y China, a los problemas con un puñado de aliados en el Oriente Próximo y, naturalmente, al propio derrotero de la posguerra iraquí.

Las dificultades recién reseñadas no son, en modo alguno, las únicas que la gran potencia del momento tendrá que encarar

en los años venideros. Y es que, pese a la innegable ubicuidad de una hegemonía que es a la vez política, económica, cultural, tecnológica y militar, a Estados Unidos no le faltan los problemas. Uno de ellos lo aporta la tétrica realidad social de un país, el propio, que acoge a 46 millones de indigentes, 50 millones de analfabetos funcionales y más de 40 millones de personas que carecen de cualquier suerte de seguridad social. Las cifras mencionadas, llamadas a crecer de la mano de las medidas neoliberales que postulan los actuales gobernantes, obligan a considerar seriamente la perspectiva de que el proyecto que hoy lidera George Bush hijo acabe por naufragar, no tanto en virtud de la consolidación de competidores externos como por efecto de hendiduras en el edificio propio. Un segundo problema que se revela en el horizonte de la hegemonía norteamericana asume, no sin paradoja, la forma de un proceso que puede escapar del control de quienes en su momento lo promovieron: en su designio de darle la puntilla a muchos de los poderes políticos tradicionales, y de gestar una especie de paraíso fiscal a escala planetaria en el que los capitales, inmersos en una vorágine especulativa, deberían moverse sin cortapisas, la globalización neoliberal puede abocar en un caos de inesperadas consecuencias. El tercer problema no es otro que la prepotencia de la que hacen gala los dirigentes estadounidenses del momento. No son pocos los historiadores que sugieren que la mayoría de las potencias hegemónicas del pasado perdieron su condición de tales, no de resultas del surgimiento de esos competidores externos de los que antes hablábamos, sino, antes bien, como consecuencia de su incapacidad para calibrar cuáles eran sus propias limitaciones. Es relativamente sencillo que EE.UU. se salga con la suya en Afganistán, en Iraq y en Palestina, como lo es que con el paso del tiempo se vea obligado a pagar onerosas facturas en países tan importantes como Egipto, Arabia Saudí, Pakistán o Filipinas, escenarios todos ellos en los que el grueso de la opinión pública es plenamente consciente de los intereses que se hallan por detrás de la política norteamericana y del doble rasero que inspira a esta última. En tales condiciones lo menos que puede afirmarse es que las medidas que Washington ha venido desplegando desde el 11 de septiembre de 2001, lejos de erosionar los cimientos de respuestas desbocadas, engordan el caldo de cultivo propio del *terrorismo internacional*. Un cuarto problema que Estados Unidos debe encarar llega de la mano de imaginables aproximaciones entre potencias secundarias, como las que se verían ilustradas por los casos de China y Japón, de un lado, o la Unión Europea y Rusia, del otro. Aunque determinada lectura de la crisis que se hizo valer en las semanas anteriores a la agresión norteamericana contra Iraq podría sugerir que esas aproximaciones han recibido en los últimos tiempos un impulso inesperado, lo cierto es que los hechos suscitan las interpretaciones más dispares. Baste ahora con recordar que Francia, Alemania y Rusia han bajado mucho el tono de su contestación de la política de la Casa Blanca y parecen buscar un discreto acomodo en un escenario en el que Naciones Unidas desempeña un papel marginal. Esto al margen, conviene subrayar que nada obliga a concluir que la UE --ciñamos nuestra reflexión a su caso-- está llamada a desarrollar una política exterior que, además de liberada de la tutela norteamericana, muestre ontológicamente su compromiso con la causa de la paz,

la justicia, la libertad y la solidaridad. No vaya a ser, en otras palabras, que las macropotencias que podrían ver la luz de resultados de acercamientos como los que ahora nos ocupan acaben por reproducir muchas de las miserias que aderezan la pulsión imperial hoy triunfante en Estados Unidos.

Al fin y al cabo, los cuatro horizontes problemáticos que hemos mal reseñado conducen a una misma matriz: el capitalismo global que conocemos genera inexorablemente caos, de tal suerte que este último puede volverse en contra de las capacidades de control, y de los intereses, de quienes en su momento alentaron las medidas correspondientes. La quinta, y última, amenaza que pende sobre la hegemonía norteamericana responde a un orden diferente de cosas y se asienta en el crecimiento, hoy por hoy espectacular, de movimientos de resistencia. Desde abajo, y en el Norte como en el Sur, éstos parecen decididos a plantar cara a una lógica económica, ecológica y militar que apunta inexorablemente a la consolidación de lo que, a los ojos de algunos expertos, es una sociedad del 20/80: mientras la quinta parte de la población del globo viviría en la opulencia, las cuatro quintas partes restantes se verían condenadas a una lucha feroz para sobrevivir. El mejor botón de muestra de esos movimientos lo aportan, con certeza, aquellos que han optado por dar réplica, en todos los terrenos, a la globalización neoliberal. Cada vez más numerosos y nutridos, más sólidos en sus percepciones, más conscientes de las virtudes de la democracia de base, más imaginativos y más firmes en su contestación, esos movimientos permiten albergar la esperanza de que, en efecto, es posible construir un mundo nuevo. Hablamos de los responsables primeros, por cierto, de las convocatorias que, frente a la agresión que Estados Unidos urdía contra Iraq, inundaron de gentes nuestras calles el 15 de febrero de 2003.